

TEORÍAS E HISTORIAS DE LOS TRABAJADORES EN LOS AÑOS SETENTA EN ARGENTINA. NOTAS SOBRE DEBATES RECIENTES

RESUMEN

El estudio de los años setenta vuelve al compás de revisiones políticas del pasado. Aquí haremos referencia a la investigación sobre los trabajadores y movimientos obreros. ¿De qué modo se investiga esta temática en la actualidad? ¿Cuáles son las preguntas que el presente hace al pasado? Realizamos un sintético estado del arte, en relación con preguntas sobre metodología y paradigmas políticos intelectuales. Para ello, debatiremos la noción de nueva generación provista por Omar Acha, como modo de lectura de la investigación de Federico Lorenz. La obra de Lorenz es tomada como expresiva de un nuevo enfoque por parte de referentes principales de la historiografía local. Para ello trazamos las líneas de investigación previas.

PALABRAS CLAVE: memoria histórica, trabajadores, historiografía, políticas de la historia, clase trabajadora.

ABSTRACT

The study of seventies is coming back. We are going to refer to labor and trade union movement's research. In what ways is researched this subject today? Which questions do the present to the past? We present a critical review essay confronting methodological and political issues. In this direction, we will discuss the generational notion provided by Omar Acha, as a critical interpretation of research of Federico Lorenz. Several prominent historians take Lorenz's work as expressive of a new approach. To do this, we display the previous research perspectives.

KEY WORDS: historical memory, workers, historiography, history politics, working class.

Fecha de recepción: 19 de diciembre de 2014

Fecha de aceptación: 07 de septiembre de 2015

TEORÍAS E HISTORIAS DE LOS TRABAJADORES EN LOS AÑOS SETENTA EN ARGENTINA. NOTAS SOBRE DEBATES RECIENTES

AGUSTÍN SANTELLA¹

Introducción

El estudio de los años setenta se mantiene en el campo historiográfico al compás de las revisiones políticas del pasado en el período actual. Aquí haremos referencia a la investigación sobre los trabajadores y movimientos obreros de aquellos años. Nos interesa realizar al mismo tiempo una actualización de los trabajos, en relación con preguntas sobre metodología y paradigmas políticos intelectuales. El plan de exposición del trabajo presenta una primera parte dedicada a una discusión introductoria sobre maneras de hacer un balance de las investigaciones. Partiendo de una propuesta de Omar Acha, intentaremos ensayar otro corte para agrupar los estudios. En la segunda parte, damos lugar a la presentación de estos grupos de estudios, que abarcan una comparación histórica entre estudios pasados y presentes sobre el pasado de los setenta. Finalmente arribamos a unas breves conclusiones. Aclaremos que lo que proponemos aquí no es una revisión exhaustiva del estado de arte, sino más bien una propuesta de discusión, comparando distintos momentos de la literatura especializada.

Modos del balance

Acha (2010) realiza una discusión sobre los modos de hacer historiografía de los setenta que constituye un punto de partida y de apoyo para nuestro mapeo crítico. A partir del comentario extenso analítico sobre la obra de Pilar Calveiro, Acha traza una conceptualización que permitiría abarcar cambios en la manera que se hace historiografía de aquel período. La noción de memorias y experiencias generacionales permitiría ordenar este campo. La escritura se realiza expresando la experiencia desde donde se escribe la historia. Así, las generaciones de los años setenta y ochenta habrían compartido un marco o un corte marcado por la presencia de la violencia política en la sociedad argentina que determina los distintos puntos de vista, que aunque opuestos compartieron una problemática común. En contraste, recientemente algunos historiadores avizoran otra perspectiva distinta, dando cuenta de un giro generacional. Así, por ejemplo, Acha refiere el trabajo de nuevos investigadores sobre los trabajadores en los 1970. Los estudios de Basualdo y Lorenz permitirían un enfoque no centrado en la presencia de las organizaciones armadas. En cambio, la generación setentista “transmitió una preocupación generacional y grupal, vigorosamente articulada por pertenencias de clase, en la cual el privilegio otorgado a la deriva de las organizaciones armadas tendió a ocluir otras historias, otros actores y otras memorias” (Acha 2010: 13). Respecto de la nueva generación, concluye esta intervención planteando algunas preguntas sobre sus derivas de manera abierta.

Si el paso a las nuevas hornadas es inevitable, ¿Cuáles serán sus problemas?
¿Cómo incidirán sus puntos de vista en la reconfiguración del campo de estudios?

¹ Agustín Santella es Investigador Adjunto del Conicet en el Instituto Gino Germani de la Facultad de Ciencias Sociales). Profesor de “Sociología de la acción sindical” en la Carrera de Sociología de la Universidad de Buenos Aires.

¿Qué efectos tendrá la previsible escisión entre experiencia, historia y rememoración, inimaginable para quienes nacieron en los setenta o los ochenta? (Acha 2010: 13).

De este modo, Acha estimula una discusión sobre las condiciones y sentidos de la investigación histórica sobre los trabajadores. Antes, Marina Franco (2005) había presentado esta temática de la práctica historiográfica sobre los '70. Ella también retoma la aportación de Lorenz a la discusión, un autor cuya investigación refiere a los trabajadores en la década. Si Franco acierta en que lo histórico es político, entonces la pregunta central refiere a las maneras en que los historiadores experimentan y aportan a la construcción de lo político en tanto historia.² En este sentido, cabe ampliar la encuesta preguntando por el modo en que se reconstituye lo histórico en la investigación y narración sobre los trabajadores en los '70. De aquí que la insistencia de Franco en el carácter político tenga alguna pertinencia, que aún debe ser profundizada. Si, como todos sabemos, la actividad intelectual e historiadora es política, deberíamos preguntarnos cómo es política, cómo los y las historiadoras hacen política.

Hacer política historiadora podría significar que participan activamente de un contexto presente de significaciones, y en alguna medida ayudan a constituirlo. Pero esta develación requiere un trabajo analítico sobre el pensamiento político contemporáneo. Este análisis específico, y la elaboración de las hipótesis relativas a ello, es una manera de participar políticamente de modo consciente. En nuestra opinión, esta tarea vendría a complementar las intervenciones de Franco y Acha³.

Desde esta marcación de origen entonces aquí propondré un nuevo estado del arte sobre trabajadores en los 1970 en Argentina⁴. Los horizontes de la revolución y la democracia articulan las primeras dos fases, que culminan con la crisis hacia fines de los noventa, y el posible origen de nuevas narraciones. Retomaremos los trabajos de Federico Lorenz como emergente, para intentar adivinar los componentes políticos que se presentan explícita o implícitamente. El caso de Lorenz se nos aparece como extremadamente interesante, debido a que es tomado como una nueva narrativa desde lugares bastante distintos, por lo menos a primera vista, tales como Marina Franco, Omar Acha, o Mirta Lobato y Juan Suriano.

En el mapeo de los horizontes políticos generacionales, Acha sostiene una particularidad nacional, dada por la violencia política que impregnó la discusión. Aquí preferimos situarnos en una perspectiva internacional. Como punto de apoyo retomaré un ensayo sobre los cambios en las "situaciones problema" en la obra de Charles Tilly.

² "En términos generales, se trata de la necesidad de aceptar profesional y políticamente el lugar en el que, como historiadores, inevitablemente nos pone este nuevo objeto de estudio, y con ello, aceptar la necesidad de escapar a la complacencia (cualquiera sea su signo ideológico) que atraviesa buena parte de nuestra investigación actual" (Franco 2005: 161).

³ Estamos sugiriendo aquí que la noción de memorística de Acha para caracterizar una nueva generación intelectual prescinde de un diagnóstico histórico, que trataremos de remediar con la idea de "situaciones problema" tomada de Lichbach, como veremos más abajo. Para matizar, el mismo Acha (2005) había ensayado una periodización de la historiografía nacional en la revista *Nuevo Topo*, que aprovecharemos aquí, para indicar una crisis de la expectativa democrática (que Starcenbaum, 2013, llama "ochentista" a propósito de los debates sobre los setenta). La idea aquí es que la crisis del neoliberalismo y la rebelión popular de 2001-2002 pone en jaque el relato del país democrático liberal que intenta afirmar la generación post-revolucionaria de los años 1980.

⁴ Aunque debamos matizar el alcance de mi discusión reconociendo sus limitaciones a la bibliografía producida en la zona bonaerense del país. Una investigación más rigurosa necesita recolectar la nueva investigación escrita en otras provincias y ciudades.

Las situaciones problema en las ciencias sociales son inherentemente políticas, esto es, prácticas + intelectuales (...) La política contenciosa de Charles Tilly es la "Tercera vía" para hacer ciencia social e histórica comparativa, completada con sus propias teorías, métodos y dominio de búsqueda (Lichbach, 2010: 547).

La investigación de Tilly sobre las luchas sociales y políticas corrieron los problemas desde el estudio de las revoluciones basadas en las políticas de clase, al estudio de los mecanismos y procesos políticos de contención. El estudio de las revoluciones y la violencia política en los procesos de democratización basados en las clases, desarrollado en los 1960-1970, retomaba la temática abierta por Barrington Moore. Hacia los '80 Tilly comienza a construir un nuevo programa de estudio de la "política contenciosa".

Así como los 1960s y 1970s dieron lugar a los 1980s y 1990s, Tilly enfrentó un problema de situación histórico mundial distinto. Los así llamados movimientos de liberación nacional – violentos y radicales, comunistas y anti-Estados Unidos – no ganaron. Y cuando esto sucedió, la política radical no fue más particularmente atractiva (Lichbach, 2010: 544).

Lichbach sostiene que los cambios en la agenda de la investigación se relacionan con los cambios en las "situaciones problema", que hacen a los horizontes de perspectivas político intelectuales de las épocas. Sin embargo, en esta agenda de investigación permanece el rol de las luchas populares en la formación de los procesos políticos.

Retomamos la referencia al cambio de las "situaciones problema" para pensar estos cambios en la investigación argentina. Siguiendo a Lichbach, el punto principal para nuestra perspectiva es que hacia los años noventa desaparece la revolución como tema central. Esto reconfigura el horizonte de expectativas en el que trabajan las luchas populares. Visto desde el presente hacia el pasado, este horizonte aparecía con cierta claridad, mientras que en el presente se caracteriza por su ambigüedad y fragmentación⁵.

El campo de estudios en la Argentina

¿Cómo se ha escrito y se sigue escribiendo sociología e historia de los trabajadores sobre la Argentina de los setenta? Podemos agrupar las interpretaciones en relación a la extensión a la movilización dentro y fuera del movimiento obrero, en las luchas internas y externas entre las clases, y el grado de participación del conjunto de los trabajadores. En primer lugar, la interpretación más extendida sostiene que estas nuevas luchas de trabajadores estuvieron limitadas a ciertos sectores, pero que además no plantearon una alternativa ideológica clara respecto del sistema social y la hegemonía de las clases dominantes. Hubo entonces el cuestionamiento del modelo sindical corrupto, no democrático, alejado de los problemas del lugar de trabajo. Sin embargo, estos movimientos de base no fueron socialistas, y no desarrollaron una alternativa política (Torre, 1990; Brennan y Gordillo, 2008; James, 1990). Así James afirma que:

Para la mayor parte de las bases, el rasgo principal del nuevo movimiento no residía en la teoría del "sindicalismo de liberación" ni en la meta de la sociedad socialista, sino más bien en una combatividad del sindicato y en una "dirección

⁵Véase el extenso estado del arte presentado por Eley y Nield (2010) sobre los estudios de la formación de la clase obrera, que concluye en una propuesta de síntesis entre Gramsci y Foucault que recoge los aportes del post-estructuralismo.

honestá” que se tradujeran en cambios reales en la vida de trabajo (James, 1990: 308).

James afirma también que la adhesión de las bases a los dirigentes clasistas y combativos se debía a la honestidad antes que a los factores ideológicos. En este contexto, “la reaparición de una opción creíble para la clase trabajadora, opción encarnada por el resurgimiento de la actividad política peronista, y el posible retorno del propio Perón, expusieron bien a las claras los límites de la radicalización política” (op. cit., p. 311). Esto condujo a que la izquierda, tanto peronista como no peronista, se encontrara aislada dentro de la clase obrera.

Oponerse a la línea económica del gobierno peronista significaba un desafío político, y si bien los trabajadores hubieran estado dispuestos a seguir a los dirigentes de izquierda en el terreno estrictamente económico, esa actitud nunca se hubiera traducido en una transformación de sus convicciones peronistas (p. 325).

En esta línea, la investigación de María Cecilia Cangiano (1996) sobre las luchas metalúrgicas de Villa Constitución afirma que el “sentido revolucionario” de las mismas residía en la búsqueda de la democracia sindical y el componente de clase que le diera sentido a través del peronismo, esto es, de un modo laborista. La autora se diferencia metodológicamente de Brennan al introducir la dimensión subjetiva de la experiencia, buscando la manera en que los trabajadores experimentan sus prácticas sociales y de lucha, en una crítica a la sociología objetiva del trabajo. Sin embargo, comparten las conclusiones fundamentales en torno de los significados que tuvieron las luchas obreras en una perspectiva histórica, que refieren a la democracia sindical y al contenido reformista enmarcado en el peronismo laborista.

Por otro lado, las interpretaciones asociadas a la teoría marxista sostienen *grosso modo* una mayor radicalización social y política en la clase obrera. Pero aquí diferenciamos dos posiciones. La primera muestra una actividad intensa de las bases sindicales en contra de los dirigentes burocráticos, en un continuo de luchas económicas. Aunque no se pueda afirmar que estas luchas económicas representan propuestas políticas alternativas, de algún modo se relacionan con la militancia de izquierdas o formaciones políticas combativas (Schneider, 2005; Gilly, 1980; Werner y Aguirre, 2007). Una síntesis posterior de estos trabajos que iluminan el sesgo interpretativo la ofrece Christian Castillo cuando afirma que:

La importancia de esta visión es que da fundamento al hecho de que la Argentina vivió entre 1969 y 1976 un verdadero *proceso revolucionario*, no reductible a la acción de las organizaciones guerrilleras, que tuvo a la clase obrera como principal protagonista (Castillo, 2004: 84, cursivas en el original).

Sobre la base de una etapa de radicalización social, otros autores postulan que no hay una contraposición clara entre bases y burocracias sindicales, sino que el corte analítico se sitúa en la lucha entre dos fuerzas sociales dentro de la clase obrera, con sus bases y direcciones respectivas. Sin embargo, estas investigaciones parten de un cuestionamiento económico pero también político e ideológico de una fracción significativa de la clase obrera en alianza con partes de las clases medias (Marín, 2000; Balvé et al, 1973; Iñigo Carrera et al, 2006; Izaguirre, 2009). Esta perspectiva postula que un segmento significativo de la clase obrera y los sectores populares constituyeron una fuerza social revolucionaria en la práctica de las luchas sociales. Aquí el carácter revolucionario de las luchas se define como una práctica objetiva de enfrentamiento entre fuerzas sociales, no siempre rastreable por el discurso o las formas de conciencia subjetiva de los actores de tales prácticas. La distancia entre conciencia

subjetiva y práctica objetiva del enfrentamiento es una clave analítica para comprender el pasaje que la lucha de clases del período tomaría hacia una “guerra civil” entre fracciones sociales (Marin, 2000: 83).

Un corte en el mapa de las interpretaciones puede establecerse a partir del momento en que se escribe que se relaciona con la perspectiva general. Así, la producción desde los setenta enfatiza el carácter revolucionario de la situación histórica, y por tanto de la práctica de los actores mismos. Poco después, en otro clima general, desde los ochenta se cambia de perspectiva. El horizonte democrático, ya no el revolucionario, establece los marcos de lo progresivo, o de sentido, en las fuerzas históricas. Entonces se discutirán los contenidos concretos de la acción obrera estableciendo una discusión empírica. ¿Cuál es el carácter del clasismo sindical, democrático laboral o clasista revolucionario? ¿Es cierto entonces que el carácter de las luchas obreras era anticapitalista y antiburocrático o se contentaba en los marcos de un nacionalismo reformista en el seno del peronismo o en la democracia interna de los sindicatos?

Nuevos estudios

A la par de esta apretada síntesis podremos incluir trabajos más recientes de tipo historiográfico que intentan evadir los marcos interpretativos anteriores situando el punto de vista de los trabajadores por fuera de construcciones de sentido externas a sus prácticas. Exponente de esta postura sería Lorenz (2007; 2013) quien narra las luchas de los trabajadores navales de Tigre en los años del último gobierno peronista. Lorenz apunta críticamente a que la historia de los trabajadores ha sido escrita por las clases medias, que los términos de su propia experiencia no han sido establecidos por los trabajadores mismos. Esta perspectiva, es en principio continuadora del enfoque de la “experiencia” anterior, busca situarse en un nivel de análisis micro-histórico. Lorenz se pregunta cómo las personas se agrupan y establecen sentidos colectivos. En contraste, la significación subjetiva en los estudios anteriores se construye en el contexto de relaciones holísticas en el plano de las opciones políticas de su momento. Cierta problemática acerca de la externalidad del sentido construido sobre las acciones colectivas de los trabajadores es planteado aquí por Lorenz. Su trabajo afirma que las interpretaciones han sido externas a la narración de los actores mismos. En el mismo sentido ver Basualdo y Lorenz (2012) y Basualdo (2011).

Como decíamos, desde distintos comentaristas se observa en el trabajo de Lorenz el adelanto de una nueva narrativa, así en Acha (2010), Lobato y Suriano (2007) o antes en Franco (2005). Como hemos dicho, para Omar Acha se trata de un autor que no escribe desde su memoria directa de la situación, sino que pertenece a una nueva generación, abierta a nuevas preguntas e ideas. Para Mirta Lobato y Juan Suriano, como hemos citado, se encuentran nuevas indagaciones que hacen a la subjetividad.

Allí se pretende, sobre todo, armar un relato de los vínculos que los hombres construyeron sobre la base de la vivencia de sus relaciones, teniendo en cuenta el peso de las motivaciones afectivas en las conductas políticas, la carga subjetiva en la toma de decisiones que, en muchos casos, se transformaron en opciones de vida o muerte (Lobato, 2007: 65).

Marina Franco destaca en contraste el peso de lo político en las narrativas. El contraste reside en la tendencia a considerar de un modo ambiguo la politicidad de los relatos en los comentarios anteriormente mencionados. Más en particular Franco convoca a debatir el lugar de los historiadores, retomando la defensa de una ética en el trabajo historiográfico por parte

de Lorenz. A partir de los comentarios, queda una pregunta abierta por el contenido de la narrativa de Lorenz, sus implicaciones metódicas y políticas. Algunas notas destacadas son realizadas por el autor cuando sostiene que una historia de los trabajadores debe dar voz a ellos mismos, valorar sus experiencias a partir de sus propios términos, y no por representaciones externas, escritas por intelectuales generalmente de clases medias. La idea que se sugiere aquí es una crítica al “elitismo y vanguardismo” de estos relatos, más preocupados por los proyectos políticos definidos desde afuera de los trabajadores. Este vanguardismo a su vez tiende a negar las experiencias obreras políticamente diversas, cuando por ejemplo se rechazan como burocracia sindical las alternativas no revolucionarias en el movimiento obrero (ver Lorenz, 2005).

En Lorenz encontramos una ética historiadora en empatía narrativa con los sujetos de la experiencia, los trabajadores. Esta posición es coherente con la crítica de los vanguardismos. El autor también lo enmarca en una crítica de los “sesgos clasistas” con los que, desde las clases privilegiadas, se ha narrado la experiencia obrera. Esta discusión es muy interesante, ya que plantea problemas de método y temas políticos⁶. Pero nos preguntamos si es posible evadir una reflexión sobre el modo en que el historiador construye teóricamente o conceptualmente el relato, y sobre los marcos históricos y políticos de estas construcciones. Lorenz no evade la discusión, pero creemos que su toma de posición metodológica sugiere que es posible superar la condición intelectual (o incluso de clase, en los términos que lo enuncia) propia de la práctica social de la investigación.

¿Por qué un relato como el de Lorenz es “de los trabajadores” en contraste con los demás? Ello residiría en la reivindicación del propio discurso emitido por los trabajadores, por un lado, y por otro lado, en una nueva indagación sobre sus actividades reales sociales y privadas, no meramente políticas, esto es ampliando el radio de indagación respecto de la historia política anterior. Entonces como respuesta a las teleologías o esencialismos, esta orientación ofrece un acercamiento a la experiencia real. Ya no son los historiadores, en nombre de narrativas externas, quienes representan a los trabajadores, sino que la narración se ofrece como vehículo de su propio relato, en acuerdo con aquella observación de Lorenz que advierte contra la ceguera política al conjunto de opciones políticas que los trabajadores puedan tomar, las cuales usualmente no adoptan la forma “burguesa” o “burocrática”. Que esto ocurra no quita que son parte de la experiencia obrera, una experiencia colectiva, no una “falsa conciencia”. Es cierto que la problemática de la “falsa conciencia” es un obstáculo para la indagación histórica de la experiencia de clase. Pero Lorenz podría caer en una suerte de pretensión de portar un relato “verdadero” en la esperanza de recuperar su voz sin otras mediaciones ideológicas, en la idea de verdadera experiencia, o aún más, simplemente “la experiencia”.

El análisis de las experiencias de clase o categoriales específicas, y en este sentido particulares, sigue siendo legítima a la luz de cierta perspectiva teórica. Esta perspectiva implica una postura crítica con la construcción del objeto investigativo, y pone a los investigadores en una relación de conocimiento, como actores en el proceso, en un lugar específico. Esta cuestión Lorenz la plantea de modo admirable, pero entendemos no completamente. Ya hemos señalado en donde podría extenderse esta crítica, pero hagamos referencia a la investigación específica, en una discusión respecto de Lobato y Suriano (2007).

⁶ Lorenz ha dado esta discusión en diversas revistas especializadas y foros públicos de una manera clara y directa.

Para Lobato y Suriano (2007) la historiografía obrera sobre los setenta fue renovada por trabajos académicos que pudieron superar las limitaciones ideologicistas de la historia militante. En su artículo ellos trazan una comparación fuerte entre Pozzi y Schneider (2000) contra Lorenz (2007). Lobato y Suriano señalan respecto de los primeros:

En este punto aparecen varios interrogantes vinculados a los usos de las fuentes orales: ¿es posible darle voz a los actores de manera acrítica? ¿Cuál es el rol del historiador en este caso? ¿Es solo un mero reproductor de la voz de los oprimidos? Este es un terreno de la historia obrera reciente en el que, además de encarar verdaderos proyectos de investigación en los que se combinen fuentes orales y escritas, debería producirse un debate entre aquellos interesados en ella (op. cit., p. 64).

En segundo lugar, Lobato y Suriano retoman una crítica anterior de Pozzi que señalaba el “esencialismo” en un forzamiento conceptual respecto de la presencia de las luchas de clases en los eventos concretos. En comparación con estas dos críticas, la nueva historia de Lorenz ofrecería otros niveles de observación. Por un lado, también recurre a la voz de los actores, pero Lobato y Suriano no mencionan como Lorenz maneja el problema de reproducir la voz obrera sin caer en el error de la acriticidad de sus relatos. Efectivamente, esta cuestión es importante en el curso de la narración que Lorenz hace de la experiencia contradictoria de los obreros militantes navales de Tigre en los años ‘70. En particular, toma distancia crítica de la manera en que los obreros militantes presentan eventos históricos fundamentales, tales como la muerte por accidente de trabajo de D’Alessio en 1973 (quien dará nombre a la Agrupación de la Juventud Trabajadora Peronista). Otro punto crítico estratégico es el caso de las diferencias internas entre militantes obreros de la Agrupación de los navales y los militantes de la organización Montoneros. Estas diferencias llegarán al punto que la dirección de Montoneros ordena la ejecución del referente obrero de base (de la misma organización) que se opone a la política militarista. Entonces, retomando el problema de la experiencia real de los obreros, aquí el historiador desmenuza críticamente esta experiencia. De esto surge que no hay un solo relato obrero, con lo que no hay una sola experiencia. Esta contradicción se presenta como una oposición entre militantes obreros de base y militantes del “aparato militar” que bajan directivas por necesidades estratégicas que no provienen de la experiencia obrera.

Esta discusión habla de la complejidad de las experiencias obreras y populares en una misma categoría social. Otro aspecto hace al diseño de la investigación de Lorenz. Allí se sigue la trayectoria de un solo pequeño grupo de obreros que se vuelven activistas y militantes armados, en el seno de una (sola) fábrica enorme, con distintos tipos de grupos y experiencias políticas (y no políticas). También podemos añadir la historicidad de la misma narración. Esto es, que el relato de estos trabajadores no es el mismo ahora que cuando hicieron sus militancias. De este modo, la investigación histórica aquí es un laboratorio para los mismos investigados, quienes al reconstruir su pasado están modificándolo. Creemos que Lobato y Suriano no dan cuenta de la politicidad actual de este relato. En efecto, Lorenz no solo estudia los lazos afectivos entre los trabajadores militantes armados sino que intenta comprender solidariamente su lucha (hemos visto, que no sin crítica). Este trabajo se sitúa en un período político de revisión del pasado, en un marco distinto del “ochentismo”, que condenaba ideológicamente la violencia. Aquí hay una comprensión empática. En este sentido, cuadra bien con la caracterización de Acha respecto de una historiografía post-democrático liberal que se abre luego del 2001. Se refleja así el nuevo espíritu progresista de los años 2000, que establece un nuevo vínculo con el pasado ya no condenatorio de los militantes revolucionarios.

Pero el problema de la escala del caso de estudio se relaciona también con los conceptos de clase y acción colectiva de los trabajadores. Veíamos que estaba la crítica del “esencialismo de clase” en la historia militante de Pozzi y Schneider, frente a la cual tenemos otra perspectiva en Lorenz. Este define su sujeto de estudio en grupos de trabajadores particulares. El estudio de la formación de clase exige un marco espacial y temporal más amplio posiblemente. Por lo menos así lo expresaba E. P. Thompson en su introducción metodológica sobre el estudio histórico de la formación de clase. Anotemos que la generación post-estructuralista comenzó a criticar en Thompson también el esencialismo de clase, introduciendo la idea de sujetos populares democráticos en su reemplazo. Esto es, los nuevos historiadores culturales políticos señalaron que Thompson no había mostrado en rigor la formación de una clase, sino de sujetos populares. Este es un tema para seguir profundizando respecto de la manera de investigar la formación de clase en los estudios históricos de los setenta. En Lorenz tenemos un diseño micro grupal, con casos únicos. La formación de clase exigiría la comparación de casos para captar una heterogeneidad. Creemos que también se necesitaría una combinación de lo micro y lo macro, entendiendo que la formación política y cultural de las clases se dan en distintos niveles de organización social.

Un esbozo en esta dirección hemos realizado en Laufer y Santella (2015). Respecto del problema de los conflictos políticos en torno del uso de los hechos armados dentro de las tendencias del movimiento obrero, hemos realizado un seguimiento en el caso de Villa Constitución. Extendemos el caso en la interpretación del período en Santella (2016, capítulo 9). Hacemos una introducción crítica al supuesto de homogeneidad guerra civil-luchas obreras en Santella (2010). En ambas publicaciones la extensión del caso se realiza en una reconsideración de la teoría marxista a la luz de aportes de la sociología histórica.

Hemos dado un lugar destacado al trabajo de Federico Lorenz retomando las indicaciones de destacados historiadores. Sin embargo, debemos mencionar otros estudios. Queda para pesquisas posteriores vislumbrar renovaciones sustanciales, metodológicas, y políticas, en esta nueva camada de investigadores. Muchos se inscriben en la continuidad de las líneas de investigación señaladas anteriormente. En particular, esto acontece con la interpretación marxista. En esta línea se destacan autores publicados por la revista *Archivos de historia del movimiento obrero y la izquierda*, dirigida por Hernán Camarero. Así con Alejandro Schneider, María Laura Ortiz, Martín Mangiantini, quienes exploran las relaciones entre izquierda, clasismo y trabajadores. Debemos mencionar la investigación de Ianina Harari sobre la industria automotriz, con un énfasis en el proceso de trabajo, siguiendo una línea fuerte en la sociología laboral marxista, en relación con la conflictividad laboral.

Por otro lado, el trabajo de Rodolfo Laufer sobre los mecánicos cordobeses intenta profundizar el caso en discusión con Brennan, pero también con la perspectiva operarista italiana de Carlos Mignon. Mignon, sobre Córdoba, y Daniel Dicosimo sobre Tandil, retoman los conceptos sobre hegemonía industrial para estudiar las políticas laborales en las fábricas. También podemos mencionar otro punto de continuidad en el trabajo de David Dawyd sobre la CGT hacia fines de los 1960. Aquí se sigue una línea político institucional sobre el sindicalismo. Paula Lenguita introduce avances de investigación en una perspectiva internacional comparada sobre el movimiento obrero de base (en relación con Brasil o Francia). La perspectiva internacional es poco común en los estudios locales lamentablemente. Desde la historia cultural, Camillo Robertini comienza a dar cuenta de los setenta de los trabajadores “comunes”, de la vida cotidiana de los no militantes. Esta línea representa un giro bastante novedoso. En otro sentido, pero retomando el problema de las diferencias entre trabajadores y militantes, Eleonora Bretal investiga las diferentes memorias

históricas en ambos grupos. Pablo Ghigliani está también renovando la mirada en una exploración desde la perspectiva de las redes del activismo, siguiendo la perspectiva de análisis de redes.

Conclusiones

En este ensayo hemos recorrido varios temas íntimamente ligados por dos preguntas. La primera se pregunta sobre los cambios de “paradigma” intelectual y político desde los años setenta en el mundo. La segunda es sobre las líneas de interpretación principales sobre la historia obrera de los años ‘70 en Argentina. Entendemos que hubo cambios intelectuales generacionales y epocales que se expresan en las líneas interpretativas historiográficas. Esto es más contrastante con las investigaciones recientes. La discusión final recae en el comentario crítico de la investigación de Federico Lorenz, al constatar que diversos historiadores rescatan su trabajo como representativo de una nueva narrativa. Somos conscientes de la existencia de nuevas investigaciones en curso sobre la temática de investigadores más recientes, que esperamos poder discutir en otros ensayos. Hemos preferido concentrarnos en los nudos de los debates cruciales en torno de pocas obras, antes que una referencia extensa descriptiva de la literatura, sin dejar de mencionar a los nuevos autores.

Una nota final que excede pero amplía el tema de esta contribución. Hemos comenzado con la interpelación generacional de Omar Acha. ¿Qué hemos hecho como generación intelectual en la escritura de la historia – agregaría en la escritura de la sociedad? La hipótesis misma generacional es puesta en duda, pero permanece la pregunta por la mirada contemporánea. El mismo Omar Acha ha publicado su contribución sobre la vida de las trabajadoras bajo el primer peronismo, poniendo fuertemente en discusión la idea de clase reducida a las formas institucionalizadas de acción colectiva, ampliando el análisis de la protesta a otros tipos de categorías (de género y raza) enlazadas con la formación de clase. Una línea que Ezequiel Adamovsky y Gabriel Di Meglio extendieron en una narración de la historia general de las clases populares, incorporando entonces la clase trabajadora en una heterogeneidad social. Son dos contribuciones significativas a una nueva lectura de la historia de los trabajadores, que necesitan de otro ensayo para discutirse. Sin embargo, estas renovaciones presentan el mismo problema de la relación entre conocimiento y generación. ¿Cuáles son los sentidos del avance del conocimiento histórico? ¿Qué hacer con las generaciones pasadas, o dicho de otra manera, con las líneas de investigación ya trazadas? Para dar lugar a estos problemas hace falta un balance más sistemático en términos de saber social histórico.

Bibliografía

Acha, Omar (2005): “Las narrativas contemporáneas de la historia nacional y sus vicisitudes”, *Nuevo topo. Revisa de historia y pensamiento crítico*, no. 1, p. 9-32.

Acha, Omar (2010): “Encrucijadas y obstinaciones en la distinción entre historia y memoria: en torno de las prácticas memoriográficas en la Argentina”, ponencia presentada en las *Jornadas internacionales Historia, memoria y patrimonio*, Archivo General de la Nación, 10-11 de noviembre.

Acha, Omar (2012): *Un revisionismo histórico de izquierda*, Buenos Aires: Herramienta.

Balvé, Beatriz y Balvé, Beba (1989): *El 69. Huelga política de masas*, Buenos Aires: Contrapunto.

Balvé, Beba et. al, (2006): *Lucha de calles, lucha de clases. Elementos para su análisis (Córdoba 1971-1969)*, RyR, Buenos Aires (original 1971).

Basualdo, Victoria, coordinadora (2011): *La clase trabajadora argentina en el siglo XX: experiencias de lucha y organización*, Cara o ceca, Buenos Aires.

Basualdo, Victoria y Lorenz, Federico (2012): “Los trabajadores industriales argentinos en la primera mitad de la década del 70: propuestas para una agenda de investigación a partir del análisis comparado de casos”, *Páginas. Revista digital de la Escuela de historia*, no. 6., p. 124-157.

Brennan, James y Gordillo, Mónica (2008): *Córdoba rebelde. El Cordobazo, el clasismo y la movilización*, La campana, La Plata.

Cangiano, María Cecilia (1996): *What it did mean to be revolutionary? Peronism, clasismo and the steel workers of Villa Constitución, Argentina 1945-1995*, Phd thesis, New York, SUNY.

Castillo, Christian (2004): “Elementos para un “cuarto relato” sobre el proceso revolucionario de los setenta y la dictadura militar”, *Lucha de clases*, no. 4, segunda época, p. 16-34.

Eley, Geoff y Nield, Keith (2010): *El futuro de la clase en la historia. ¿Qué queda de lo social?*, PUV, Valencia.

Franco, Marina (2005): “Reflexiones sobre la historiografía argentina y la historia reciente de los años 70”, *Nuevo topo. Revista de historia y pensamiento crítico*, no. 1, p. 141-164.

Gilly, Adolfo (1990): “La anomalía argentina (Estado, corporaciones y trabajadores)”, en Pablo González Casanova compilador, *El Estado en América Latina: teoría y práctica*, Siglo XXI, México

Iñigo Carrera, Nicolás; Grau, María Isabel y Martí, Analía (2006): *Agustín Tosco. La clase revolucionaria*, Ediciones Madres de Plaza de Mayo, Buenos Aires.

Izaguirre, Inés, directora (2009): *Lucha de clases, guerra civil y genocidio en la Argentina 1973-1983*, EUDEBA, Buenos Aires.

James, Daniel (1990): *Resistencia e integración. El peronismo y la clase trabajadora argentina 1946-1976*, Sudamericana (original 1988), Buenos Aires.

James, Daniel (2004): *Doña María. Historia de vida, memoria e identidad política*, Manantial, Buenos Aires (original 2000).

Laufer, Rodolfo, y Santella, Agustín (2015): “Resistencias, luchas y alternativas obreras en la Argentina 1966-1976”, en *El Pensamiento Alternativo en la Argentina Contemporánea*, vol. III, Hugo Biagini y Arturo Roig directores, Editorial Biblos (en prensa), Buenos Aires.

Lichbach, Mark (2010): “Charles Tilly’s problem situations: from class and revolutions to mechanisms and contentious politics”, *Perspectives on politics*, vol. 8, no.2, p. 543-549.

Lobato, Mirta y Suriano, Juan (2007): “Problemas e interrogantes en la historia de los trabajadores”, *Estudios del trabajo*, no. 32, p. 55.80.

Lorenz, Federico (2005): “Pensar los setenta desde los trabajadores”, *Políticas de la memoria*, p. 19-23.

Lorenz, Federico (2007): *Los zapatos de Carlito. Una historia de los trabajadores navales de Tigre*, Buenos Aires: Norma.

Lorenz, Federico (2013): *Algo parecido a la felicidad. Una historia de la lucha de la clase trabajadora durante la década del setenta (1973-1978)*, Buenos Aires: Edhasa.

Marín, Juan Carlos (2000): *Los hechos armados. Argentina 1973-1976. La acumulación primitiva del genocidio*, Buenos Aires: La Rosa Blindada.

Pozzi, Pablo y Schneider, Alejandro (2000): *Los setentistas. Izquierda y clase obrera: 1969-1976*, Buenos Aires: Eudeba.

Santella, Agustín (2010): “Temporalidad y protesta colectiva. Discusión metodológica a partir de estudios de caso en la Argentina de los 70s”, ponencia presentada en VI Jornadas de Sociología de la UNLP, 9-10 diciembre.

Santella, Agustín (2016): *Labor Conflict and Capitalist Hegemony. The auto-industry in Argentina 1990-2005*, Brill, Leiden.

Schneider, Alejandro (2005): *Los compañeros. Trabajadores, izquierda y peronismo 1955-1973*, Buenos Aires: Imago Mundi.

Starcenbaum, Marcelo (2013): “Que hacemos hoy con los setenta: una respuesta a Claudia Hilb”, *Sociohistórica*, no. 31, en línea:

<http://www.sociohistorica.fahce.unlp.edu.ar/article/view/SHn31a06/3029>

Torre, Juan Carlos (1990): *Los sindicatos en el gobierno 1973-1976*, CEAL, Buenos Aires.

Werner y Aguirre (2007): *Insurgencia obrera en la Argentina 1969-1976. Clasismo, coordinadoras interfabriles y estrategias de la izquierda*, IPS, Buenos Aires.